

NOTA PRELIMINAR

Joseba Intxausti Rekondo

El presente libro tiene, al menos, dos objetivos distintos y complementarios. Por un lado, aspira a poner en manos de un público más extenso parte de los contenidos de *Segura, historian zehar* (Segura, 2003), obra que es, hoy por hoy, la que ofrece la información histórica más completa sobre esta Villa. Por otro lado, *Segura en su arte y monumentos* se cuida de forma particular de los aspectos monumentales y artísticos de esta localidad goierritarra.

Sin embargo, las páginas que siguen no se limitan a esas dos finalidades, ya que aspiran también a mejorar la información y en algún extremo a actualizarla. Tal sucede con los datos arqueológicos referidos a la prehistoria local de la Villa, o la presentación de la arquitectura civil del núcleo urbano.

En cuanto al carácter de los contenidos, la mayor parte del libro trata de dar noticias bien sustentadas acerca de la historia y realidad presente del patrimonio artístico de Segura. Sin embargo, hemos querido que el lector de este pequeño volumen dispusiera también, en sus páginas finales, de una guía práctica de visita, con varios itinerarios a elegir.

En siete capítulos sucesivos, el lector podrá admirar la forma en que el casco urbano persistió y evolucionó a lo largo de los siglos, observará las vicisitudes en medio de las cuales se levantaron los dos grandes monumentos de la Villa (la iglesia parroquial y el convento) y los pormenores que se vivieron al decorarlos y darles los complementos artísticos necesarios. Urbanismo y arquitectura, escultura y pintura serán objeto de la atención de los autores de los diversos capítulos.

Para que el lector tenga referencias históricas precisas, y al mismo tiempo, una panorámica general rápida de la historia de la Villa, la obra ofrece una mirada a su sociedad y se cierra con una cronología que sitúa, de algún modo, la creación artístico-monumental de la localidad en el contexto de las referencias históricas más generales.

En todo caso, se hace necesario recordar que el visitante e interesado cuenta ya en español con una breve síntesis de esa historia en *Segura en su pasado y camino. Ensayo para una historia de la Villa*, publicado por el Ayuntamiento, con el propósito de que resulte una introducción histórica de lectura fácil.

Los capítulos que siguen han podido contar con los conocimientos de especialistas, buenos conocedores de Segura, Villa a la que han consagrado estudios precisos. Valga la observación para el capítulo sobre el urbanismo segurarra (A. Moraza, A. Ibáñez, J. Agirre), para la presentación de su arquitectura civil urbana (A. Santana) y para los resúmenes que M. I. Astiazarain nos ofrece sobre el arte religioso de Segura (arquitectura, escultura y pintura). Todo ello permitirá al visitante, antes o después de su visita, poder vivir más precisamente los itinerarios sugeridos por J. Arrondo, directamente concernida por la labor de información turística de Segura.

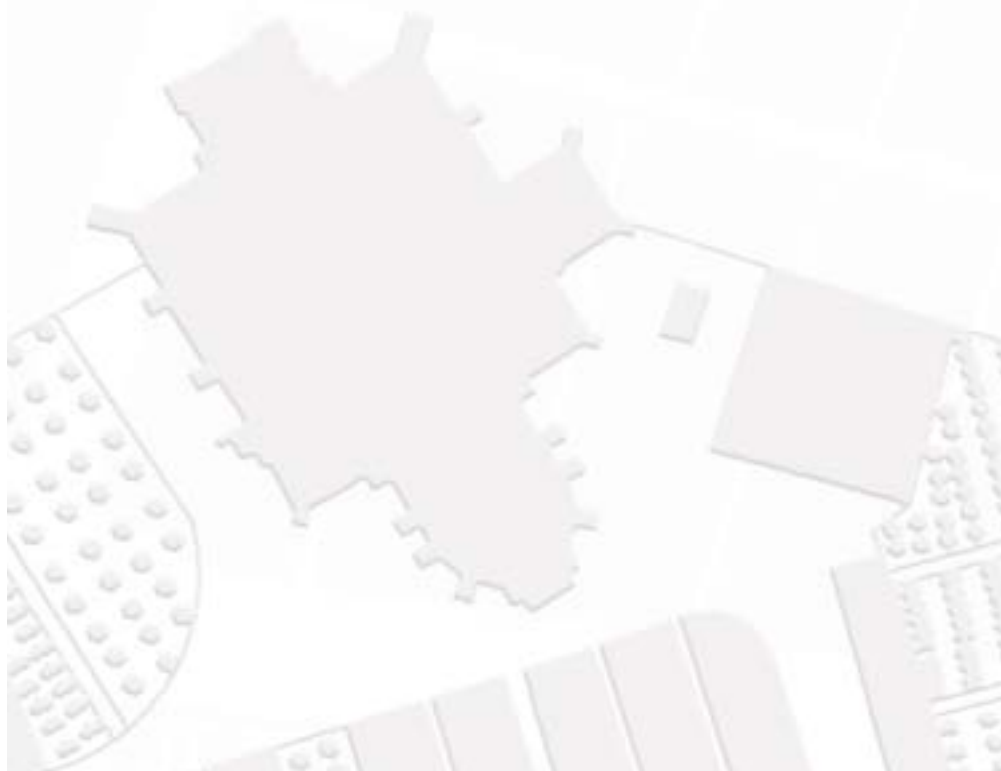
En la presente publicación se ha hecho un esfuerzo añadido, al presentar una edición a todo color, de la mano ya consagrada de Xabi Otero. A él debemos, pues, en buena parte los valores plásticos con que se han enriquecido estas páginas.

Por mi parte, no hace falta decir que sería muy feliz si esta primera publicación monográfica sobre nuestro patrimonio artístico tuviera larga vida y fuera una introducción en verdad útil para quienes lleguen a Segura y deseen contemplar a los Carmona, Irazusta, Cabrera y Basterretxea, o adentrarse en los espléndidos espacios arquitectónicos de la Villa.

I

ARTE Y SOCIEDAD
EN LA HISTORIA DE
SEGURA

Joseba Intxausti Rekondo



Como pórtico a cuanto sigue en las páginas de este libro, parece conveniente referirnos a la historia local en cuyo contexto se ha ido gestando el patrimonio artístico de que hoy goza la Villa de Segura.

De entrada, sorprende que una población, que ha oscilado entre 1.000 y 2.000 habitantes en los últimos quinientos años y que, a tenor de su magnitud urbana, tampoco debió de superar esta última cifra en la etapa medieval, disponga hoy de tan significativos y variados edificios.

Un fenómeno de tales características apenas es comprensible sin tener conocimiento de lo que ha sido el pasado general de la Villa, que ha gozado de periodos de esplendor y hegemonía (s. XV-XVI), pero ha sufrido también en algunos aspectos básicos, de etapas prolongadas de decadencia política (s. XVII-XVIII), y que prácticamente quedó al margen de otras más recientes innovaciones, motoras del cambio como el ferrocarril, las grandes rutas o la industria (s. XIX-XX).

Es innecesario recordar que el patrimonio acumulado en Segura en arte y monumentos no puede ser contemplado a la luz del de Ciudades y Villas de mucha mayor envergadura histórica y demográfica. A pesar de ello y por ello, tiene el encanto de ser, digamos, un patrimonio a su medida, respetuoso con la modestia de su recinto y la dimensión de su comunidad.

En ese contexto propio, Segura puede resultar rica para quien sepa observarla.

Es ésta la historia de pocos hombres y mujeres, artesanos y comerciantes, con medios económicos más bien limitados, vecinos de un espacio urbano pero, incluso así, en buena parte rurales, tercamente amarrados a su recatada realidad intramural, aun en siglos en que llegaron a configurar y liderar un “señorío colectivo” en la comarca (1384-1615).

Lo mismo la pérdida de tal hegemonía (1615) como los contratiempos habituales en siglos pasados (incendios, epidemias, guerras...), parece que fueron asimilados como un estímulo para reafirmarse, expresando esa su voluntad también a través de la creación artística. Por ello, Segura dio cuerpo también a otra forma de señorío, la de las artes (s. XVII-XVIII).

En esos dos siglos, las aspiraciones de los vecinos urbanos de la Villa y el mecenazgo de algunos de sus hijos más pudientes, nacidos aquí y afincados por doquier, permitieron sobreponerse en lo artístico a un ámbito municipal ya muy limitado, produciendo obras no superadas en la Villa ni antes ni después.

Así, pues, se constata que en una historia local en la que parecen predominar claramente las continuidades sobre los cambios, con una estabilidad poblacional rayana con la monotonía, Segura ha vivido situaciones notablemente diversas e incluso contrapuestas a lo largo de los siglos. De ello vamos a hablar.

1.La herencia medieval

Sin olvidar los recientes hallazgos de la arqueología medieval que apuntan en Segura a los siglos XI-XII, debe decirse que los primeros hechos, tomados en consideración por la historiografía tradicional, se datan entorno a su fundación en 1256, es decir, tardíamente, en la Baja Edad Media central; pero el Medievo segurarra puede decirse que se prolonga hasta los comienzos del siglo XVII, mucho más acá del límite medieval convencional de 1453 ó 1492.



Privilegio de Pedro I (1351), confirmando la Carta-Puebla de la Villa.

En efecto, desde puntos de vista fundamentales de su condición de Villa (institucional, económico o político, por ej.), es en las dos primeras décadas del XVII cuando se cierra en Segura una etapa de tres siglos y medio (1256-1615), primeramente de constitución y maduración propias (1256-1374) y, después, de expansión y dominio municipales en la comarca (1384-1615).

Al primer momento corresponde el afianzamiento jurídico y urbanístico de la Villa, y su afirmación social, política y económica: Segura termina siendo, en verdad, una “Villa por sí”, capaz de organizarse y llevar adelante con eficacia su autogobierno, desde un Concejo Abierto hasta un Regimiento o Concejo Cerrado, con sus autoridades y oficiales, dueña de unos caminos en Tierra Llana, capaz de ofrecer una seguridad armada.

A partir de 1374, esa eficacia -demostrada en sí y proyectada en el contorno- presenta la suficiente atracción para que colaciones, aldeas y universidades del Goierri, desde Legazpi a Zegama, se acojan a la Villa, avicinándose en ella en tiempos en que las turbulencias armadas de los Parientes Mayores cuestionaban la seguridad de bienes y personas.

Sin embargo, en aquella Edad Media final (1350-1500), esos éxitos no fueron suficientes para asegurar la pervivencia de las edificaciones medievales.

Avatares no previstos (y más bien temidos que previsibles), como los incendios de 1422 ó 1491, resultaron devastadores, de modo que en el perímetro marcado por las murallas ardiéron multitud de viviendas y edificios.

Acontecimientos de esa índole, y otros, hacen que nuestra herencia de la Edad Media en monumentos y obras de arte sea mínima, y que las actuales edificaciones, al menos en su forma actual, apenas lleguen más allá del 1500.

Con la conquista de Navarra, Segura dejó de ser Villa de frontera en 1512, y los hechos de armas posteriores no la alcan-

zaron en la Edad Moderna, al menos, en sus viviendas y monumentos, aunque, como se verá, el fuego sí se hizo de nuevo presente, suponemos que afectando a la herencia medieval, en alguna medida no precisada.

Consecuencia de todo (y no sólo de los incendios), la actual iglesia parroquial de la Asunción -construcción emblemática, y en principio nada más perenne que ella, toda ella de piedra- apenas presenta en sus elementos piezas con que diseñar una hipotética historia medieval: “si se examina su ábside poligonal, por la parte exterior se observa un hermoso ventanal, hoy tapiado, con tracería gótica y la inscripción Ave María, en caracteres góticos, en una piedra sillar de la última hilada, junto al alero”, escribe M. A. Arrazola. Eso es todo, junto a estructuras columnarias de la cabecera que parecen evocar edificaciones góticas del s. XV.

Poco conocemos, pues, de aquella iglesia primitiva, único edificio que se salvó del incendio general de 1422.

De la primitiva iglesia de San Andrés sabemos que la Cofradía así denominada determinó que de las sanciones impuestas a los infractores del acuerdo firmado (1374) se destinaría una cuarta parte a las obras de la misma: 250 maravedís de cada multa de mil ms. La población segurarra se cuidó, pues, de aquel edificio, pero está por estudiarse qué vestigios restan hoy de aquellas primeras horas góticas de la Ermita.

Por otra parte, ¿qué decir de los muros que defendían el recinto urbano? Se trabajó durante años en su reconstrucción, una y otra vez (1424-1433, 1491...). ¿Cómo eran sus muros, torres, almenas y puertas? Podría muy bien ser que los vestigios medievales hayan sido ya barridos por restauraciones, mejoras, añadidos y demoliciones posteriores. ¿En qué medida?

Si estas son nuestras ignorancias y carencias respecto de la arquitectura medieval de Segura, cabe suponer, como de

hecho sucede, que la escultura o pintura medievales, tan ligadas con aquélla, no han tenido mejor suerte.

Sin embargo, hay un capítulo medieval que es una sorpresa aún hoy para los ojos contemporáneos. ¿Cómo no admirar ese urbanismo de “villa-almendra” medieval que las fotos aéreas de hoy nos muestran tan nítidamente? Aparece clara la imagen del perímetro urbano medieval, alterado, sin duda, en los contenidos pero tenazmente originario en sus formas y propósitos urbanísticos.

En sus orígenes, Segura tenía un recinto murado de 3,4 hectáreas que suponían 170 solares edificables, y ofrecía el plano que conocemos, con su trazado de calles norte-sur que estilizan el plano, con la travesía que las abraza y da horizontalidad, con sus edificios más nobles o modestos, con sus viviendas rigurosamente adosadas y apiñadas, con los espacios comunes, etc.; aun hoy es un trasunto vivo del plano urbano medieval. Incluso la plaza de San Juan, ya del siglo XVII, respeta la configuración originaria de los solares, pero tratando de abrir espacios públicos que se echaban de menos.

En cuanto a su urbanismo, la Segura moderna y contemporánea quedó sustancialmente definida en aquella Edad Media y los siglos posteriores no han podido borrar, en sus términos generales, aquel diseño urbanístico inicial.

La necesidad decimonónica de rebasar el cerco de las murallas, abriéndose a los Ensanches alcanzó también a Segura abriendo brecha para un plan parcial, y la cabecera sur y sudoeste del recinto conoció entonces los cambios más importantes, al tiempo que aportaba muestras arquitectónicas estimables en los Palacios Alústiza y Zurbano.

Respondiendo a apremios evidentes, por una parte, y a intereses coyunturales, por otra, se retocó el conjunto urbanístico, desapareciendo Beheko Portalea (c. 1853) y Goiko Portalea (1878-